

REFLEXIONES EN TORNO A LA EXPERIENCIA DE GUERRILLERAS EN GUATEMALA Y EL SALVADOR A TRAVÉS DE SU PALABRA ESCRITA

Magali Sánchez García*

Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades «Alfonso Vélaz Pliego»-BUAP

RESUMEN

En este artículo se presenta un análisis de la participación de mujeres en diversos grupos guerrilleros de dos países: Guatemala y El Salvador, durante la segunda mitad del s. xx centroamericano, a través de testimonios escritos, tanto autobiografías como recopilaciones colectivas. Se considera que los movimientos revolucionarios de esa época álgida enardecieron deseos y abrieron posibilidades político-sociales para las mujeres; y que ellas, como en otros momentos de la historia, se organizaron pensando y proyectando la emancipación social ampliada en este caso a través del ser *guerrilleras*. Sin embargo, el camino no fue sencillo, pues aun ante la promesa del «hombre nuevo» revolucionario, aparentemente neutral, sus experiencias revelan que sus cuerpos sexuados de mujer encarnaron cualidades incomprendidas en aquel medio, lo que permeó invariablemente en su vivencia revolucionaria. Aquí acudimos a ciertos tópicos de su reflexión buscando hacer una lectura crítica que nos permita aprender de aquellas voces de mujeres *guerrilleras*.

PALABRAS CLAVE: guerrilla, revolución, mujer, historia, género.

REFLECTIONS ABOUT THE EXPERIENCE OF *GUERRILLERAS* IN GUATEMALA
AND EL SALVADOR THROUGH THEIR WRITTEN WORD

ABSTRACT

This article presents an analysis of women participation in several guerrilla groups in two countries: Guatemala y El Salvador, during the second half of the Central American 20th century, through written testimonies such as autobiographies and collective compilations. It is considered that in that critical period revolutionary movements enlightened wishes and opened politic-social possibilities for women; and so, as in other history times, they got organized thinking and projecting social emancipation, that in this case took form being *guerrilleras*. However the path was not easy because even with the revolutionary promise of the «hombre nuevo», apparently neutralized, their experiences show us that their sexed women bodies embodied incomprehensible qualities in that space. Something that affected their revolutionary live. We took some topics of their reflections to make a critic reading that allow us to learn with that *guerrilleras* voices.

KEYWORDS: guerrilla, revolution, woman, history, gender.



0. INTRODUCCIÓN

El análisis que aquí se presenta se enmarca históricamente en la segunda mitad del s. xx latinoamericano. Una época convulsa de gobiernos autoritarios cada vez más militaristas¹, que dirigieron oleadas de violencia –primero contra la población organizada, aunque después será generalizada–, matanzas, desapariciones y torturas selectivas, que en el caso de Centroamérica implicó el desarrollo de estrategias como la llamada «Guerra de baja intensidad» (Benítez y Piñeiro 156).

Una época de represión regional conectada geopolíticamente con la llamada «Guerra fría»², ese enfrentamiento entre Estados Unidos de Norteamérica y la entonces Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) que, a su vez, representaban dos paradigmas políticos en apariencia opuestos: capitalismo vs. comunismo.

Era un momento en que denominativos como izquierda, derecha, comunista, socialista, imperialismo condensaban seriamente principios políticos fácilmente identificables.

En Latinoamérica, una de las traducciones de ese escenario internacional fue la persecución política por una especie de «paranoia comunista» que, junto con los procesos de desigualdad que no cesaban, daban sustento a los diversos procesos revolucionarios que, de a poco, tomaban fuerza. En eso tuvo un papel fundamental el triunfo y consolidación de la Revolución cubana en 1959 y su posterior autoidentificación como socialista en 1961. Una proeza en esa pequeña isla que dotó de esperanza a muchos otros procesos rebeldes que le siguieron y que reconfiguraron sociopolíticamente las formas y las razones del enfrentamiento a través de la vía armada.

Estos grandes rasgos de ese periodo intervienen inevitablemente en el concreto y reducido espacio de influencia representado por Centroamérica y los dos países en los que específicamente nos abocamos. A gran escala, el ambiente de la legítima lucha por el cambio social imponía una impronta como quizá en pocas otras épocas de la era moderna; fue el contexto que dio forma e inspiración a las mujeres que por motivos diversos decidieron enfilarse en las guerrillas que actuaban en su territorio.

* E-mail: magali.sanchez@alumno.buap.mx. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5834-7507>. Este artículo presenta algunas de las ideas desarrolladas en mi tesis de Licenciatura en Estudios Latinoamericanos: «Guerrilleras en Guatemala y El Salvador, hacia una feminización de la lucha social. Perspectivas y prospectivas de un sentido revolucionario», que puede ser consultada en el repositorio de la universidad <https://tesiunam.dgb.unam.mx/>.

¹ «La dictadura militar en un país tan grande como Argentina, produjo entre 15 y 20 mil desaparecidos en los seis años comprendidos entre 1976 y 1982. [...] una dictadura militar en un país pequeño como Honduras desapareció “solamente” a 179 personas entre 1980 y 1993 [...] en un país también pequeño como es Guatemala, produjeron en 36 años de conflicto entre 40 y 45 mil desaparecidos. [...] una enorme dictadura en un país gigantesco como es el Brasil, desapareció a 136 personas, la mayor parte de las cuales lo fueron entre 1970 y 1975» (Figueroa, *Dictaduras* 60).

² Entre 1961-1975 EUA entrenó a 70 000 militares latinoamericanos, 8 de ellos llegaron a la presidencia. Y en 1964 se creó el Consejo de Defensa Centroamericano (CONDECA), incorporado al sistema de defensa de Estados Unidos (Sánchez 46).



En el área centroamericana se concentraron los últimos intentos de esa generación que pensaba en la revolución y se organizó por la vía violenta a través de una forma que al principio fue militar pero que terminó implicando una identidad mucho más amplia: la guerrilla, y el ser guerrillero/a. De esta forma, reconociendo que cada intento guerrillero tuvo sus particularidades, la reflexión inicia dando cuenta de ciertos aspectos históricos generales, señalados para enmarcar la realidad concreta e ideológica de las mujeres que participaron en esos grupos guerrilleros, para posteriormente adentrarnos como tal en quienes conoceremos a través de sus testimonios, para presentar algunas reflexiones.

Se aclara de antemano que la producción testimonial consultada no abarca la totalidad de experiencias de mujeres guerrilleras; que partimos del principio de que las vivencias guerrilleras fueron muy diversas y que no conocemos aún gran parte de ellas —pues muchas no han sido ni serán escritas, y algunas que sí han sido producidas son de difícil acceso—. Así que no es la intención de este estudio establecer una forma rígida y homogénea de esta. Se trata más bien de un acercamiento a esa fuente escrita, primero para conocer la vivencia en sí, abonando a la certeza de que las mujeres estuvieron ahí en los procesos revolucionarios ejerciendo, diferenciadamente, las muchas tareas; y segundo, acompañar ese acercamiento de una mirada crítica, que no inquisitorial, de las formas que tomó su participación.

Para pensar a las guerrilleras guatemaltecas se trabajó a partir de tres autobiografías: *Ese obstinado sobrevivir. Autoetnografía de una mujer guatemalteca*, de Aura Marina Arriola (2000); *La guerra de los 36 años, vista con ojos de mujer de izquierda*, escrita por María «Chiqui» Ramírez (2001); *Mujeres en la alborada. Guerrilla y participación femenina en Guatemala 1973-1978*, de Yolanda Colom (2007). Todas provenían de un ambiente estudiantil, todas fueron madres, ninguna obtuvo un grado militar ni fueron o han sido participes activas de la política guatemalteca. Ni siquiera Yolanda con un hermano expresidente³.

Respecto a recopilaciones de testimonios se retoman cuatro: *Mujer alzada*, de Silvia Solórzano (1989), que tiene la particularidad de haber sido publicado durante la guerra, y en donde se reúnen voces especialmente del Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP); *Nuestras utopías. Mujeres guatemaltecas del siglo XX*, por Norma Stoltz Chinchilla (1998), que presenta un compilado de 22 conversaciones con mujeres diversas en su militancia y en su tendencia política; desde aquellas que vivieron la revolución del 44⁴ hasta quienes estuvieron activas durante el periodo de los 70-80 (en este se repiten testimonios de Yolanda Colom y Aura Marina Arriola); y el texto colectivo de *Memorias rebeldes contra el olvido. Paasantzila Txumb'al Ti' Sotzeb' al K'u'l* (2008), realizado como iniciativa de 28 exguerrilleras indígenas del EGP, quienes se dieron a la tarea de convocar a un grupo de mujeres intelectuales dispuestas

³ Álvaro Colom Caballeros fue presidente por el partido Unidad Nacional de la Esperanza (UNE) en el periodo 2008-2012.

⁴ La «revolución octubre», que tiene como fecha conmemorativa el 20 de octubre de 1944. Momento en el que un movimiento cívico-militar asienta las bases de una década de elecciones democráticas en el país, que terminarán con el golpe de Estado a Jacobo Árbenz en 1954.

a ayudarlas a dar a conocer su memoria. Como única excepción en inglés, *Bridge of Courage. Life stories of the Guatemalan Compañeros and Compañeras*, de Jennifer Harbury (1995), recopilación que incluye a hombres y mujeres en conversaciones realizadas entre 1985-1990.

Del caso salvadoreño, desde su individualidad se retoman dos autobiografías que abarcan distintos periodos de tiempo: *Nunca estuve sola*, de Nidia Díaz (2008), que, aunque alude al periodo en el que estuvo en prisión (de abril-octubre 1985), deja ver varios otros momentos de su militancia; y *Retazos de mi vida. Testimonios de una revolucionaria salvadoreña*, por Lorena Peña (2009), quien sí realiza un recorrido más completo de su vida.

Las recopilaciones colectivas que fueron retomadas son *¿Valió la pena?! Testimonios de salvadoreñas que vivieron la guerra* (1995), que trabaja con 21 mujeres, no todas necesariamente militantes de algún grupo, pues muchas de ellas se involucraron a través del desplazamiento forzado y se reconocen como refugiadas y repobladoras; e impulsado por Las Dignas⁵: *Mujeres-montaña. Vivencias de guerrilleras y colaboradoras del FMLN* (1996), una recopilación que se centra en la experiencia de 29 mujeres que se reconocen como combatientes incorporadas a partir de 1981, elaborando con ellas aspectos muy puntuales como lo son el embarazo, la sexualidad y la maternidad.

Además de estos se retoma otro de los libros producidos por el grupo feminista de Las Dignas de El Salvador, donde se pueden encontrar testimonios de mujeres de toda el área centroamericana: *Montañas con recuerdos de mujer. Una mirada feminista a la participación de las mujeres en los conflictos armados en Centroamérica y Chiapas* (1996), producto del Foro Regional que se llevó a cabo en San Salvador en 1995 con la intención de recuperar la memoria de excombatientes, produciendo puentes e intercomunicación entre las variadas formas que pudo tomar su participación dentro de las guerrillas.

La diferencia de las fuentes, unas siendo individuales y en primera persona, otras siendo voces colectivas la mayoría de las veces recopiladas por intereses terceros, se refleja en la densidad de detalles e información que se pueda tener de una u otra experiencia guerrillera. Así que, en un afán por respetar esa diferencia, dándoles valía a todas las voces por pequeñas que puedan parecer, en este texto cuando se citen testimonios incluidos en las recopilaciones y exista la fuente, se explicará el nombre de quien habla colocándolo entre corchetes antes de la información de la cita. Las citas de las cinco mujeres que escribieron autobiografías se podrán reconocer por sus apellidos: Arriola, Ramírez, Colom, Díaz y Peña.

⁵ «Las Dignas. Asociación Mujeres por la Dignidad y la Vida» son una organización política salvadoreña que se define como feminista, y que fue formada en los 90 en el contexto de los Acuerdos de Paz. <https://www.lasdignas.org.sv/quienes-somos>.

1. BREVE RECORRIDO HISTÓRICO

Se comienza en Guatemala puesto que tiene expresiones más tempranas del proceso revolucionario en clave guerrillera. Sus acciones datan de 1961, con el primer levantamiento de un grupo de militares que se opusieron al establecimiento de nuevas bases militares norteamericanas destinadas a contrarrestar el impacto de la Revolución cubana. Esos primeros insurrectos huyeron hacia la sierra primero para salvar sus vidas y, en el contacto con las poblaciones que se encontraron, ampliaron sus perspectivas y formaron el Movimiento Revolucionario 13 de noviembre (MR-13), uno de muchos grupos que le siguieron y que tuvieron quiebres y reencuentros a lo largo de los años. Tantos que quizá nos ocuparía una gran parte del texto tratar de explicarlos, rebasando las intenciones centrales, pero que pueden ser estudiados en algunas de las referencias utilizadas para este estudio⁶.

Desde ese primer momento, transcurrieron varios golpes de Estado militares⁷, jornadas estudiantiles como la de 1962 encabezada por la Asociación de Estudiantes Universitarios (AEU), represiones a las organizaciones populares, sindicales, persecuciones políticas generalizadas y la sensación de reducción en las posibilidades de actuar desde lo civil; cuestiones que fueron empujando, según los diversos intereses, a la organización desde el imaginario político-militar de la guerrilla.

Así, la guerra siguió en ese «gigante centroamericano» hasta el 29 de diciembre de 1996 con el «Acuerdo de Paz firme y duradera» firmado en Guatemala, después de un proceso de cinco años, previa unificación de casi todos los grupos guerrilleros existentes bajo el nombre de «Unión Revolucionaria Nacional Guatemalteca» (URNG) en 1982 (ver figura 1).

Hay pocas fuentes con datos de la cantidad de mujeres que participaron en los distintos grupos guerrilleros guatemaltecos; una pista aparece en el texto *Memoorias rebeldes contra el olvido* (Carrillo *et al.*

⁶ *Guatemala, la historia silenciada, 1944-1989* (2007), de Carlos Sabino; *Guatemala: causas y orígenes del enfrentamiento armado interno* (2006), de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico (Guatemala); y *Guerras y paz en América Central* (1995), de Alain Rouquié.

⁷ Golpe de Estado de 1963 al gobierno del General Miguel Ydigoras Fuentes (1958-1963) por el coronel Enrique Peralta Azurdia (1963-1966); golpe de Estado de 1970 al gobierno de Julio César Méndez Montenegro por el coronel Carlos Arana Osorio (1970-1974). Y posteriores gobiernos militares: general Kjell Laugerud García (1974-1978); general Romero Lucas García (1978-1982).



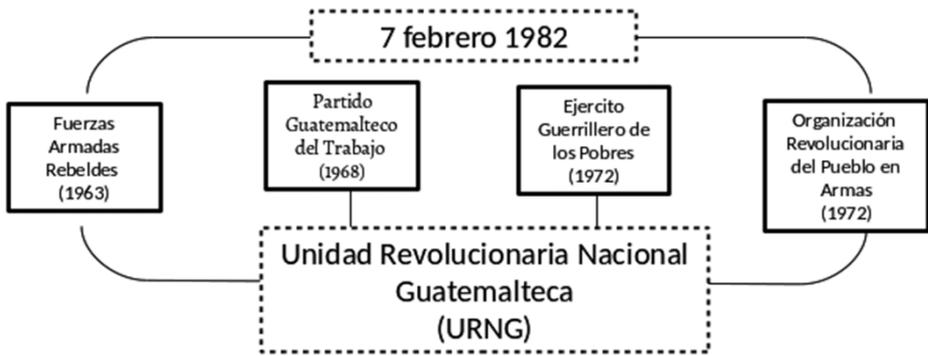


Figura 1. Formación de la URNG. Elaboración propia.

42), en donde dicen que para 1997 al menos el Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP) entregó un listado con cuatro mil combatientes de los cuales asistieron a la desmovilización 1470, siendo 400 mujeres. En ese mismo texto se dice que la URNG reportó en el mismo proceso de desmovilización un 25% de combatientes mujeres, aunque desafortunadamente no mencionan su fuente para verificar.

Mientras tanto, en la vecina nación de El Salvador las organizaciones armadas guerrilleras tomaron forma para 1969 a razón de una escisión dentro del Partido Comunista (fundado en 1929) que se negó a plegarse al llamado nacional de apoyo para la llamada «Guerra de las cien horas» contra Honduras (14-18 julio 1969). De esa disputa surgieron las primeras Fuerzas Populares de Liberación Farabundo Martí (FPL-FM).

Con la misma dificultad de ver reducidos los espacios formales para la política ante la intervención continua de las FF.AA.⁸, se fueron gestando varios grupos armados de izquierda que igualmente tuvieron sus encuentros y desencuentros en una historia densa de contar pero que se puede consultar para quien lo desee en algunos textos que ayudan a su comprensión⁹.

Para 1980 se unificaron, como en Guatemala, bajo el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), y en 1984 lanzaron un primer llamado al diálogo con el gobierno que será escuchado hasta 1989. Culminando con

⁸ Dicha intervención precede al momento que aquí estudiamos: «En El Salvador, el rol del ejército dentro del Estado empieza a crecer desde el aplastamiento de la insurrección de 1932 y más que desaparecer se moderniza después de 1948 (Cáceres en Cáceres, Guidos y Menjivar 1988)». (Figuroa, *Dictadura* 876); pero continúa como deja ver el caso del intento de la Democracia Cristiana en las elecciones presidenciales de 1972, cuando a través del fraude llegó al poder el coronel Arturo Armado Molina (presidente de 1972 hasta 1977).

⁹ *El Salvador: su historia y sus luchas (1932-1985)* (2009), de Amílcar Salazar Figuroa; y *Las guerrillas contemporáneas en América Latina* (2007), de Alberto Prieto.

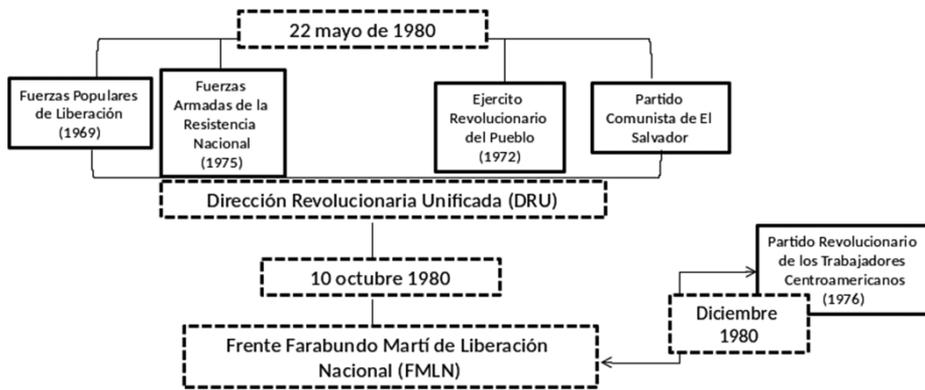


Figura 2. Formación de la FMLN. Elaboración propia.

los Acuerdos de Paz firmados en México el 16 de enero de 1992, después de dos años de diálogo entre las élites del ejército y la guerrilla (ver figura 2).

En los procesos armados revolucionarios de El Salvador, se dice que entre 1981 y 1992 las mujeres ocuparon un 60% como colaboradoras en el FMLN, y un 30% como combatientes armadas (Ibáñez, Murguialday, Vázquez 21).

2. MEMORIA DE MUJERES GUERRILLERAS

Bajo la inmensa fuerza del Estado militar que intentaba arrasar con la socialidad, emanó la resistencia de mujeres y hombres con la esperanza de que el proyecto en el que se integraban triunfara y pudiera verdaderamente cambiarlo todo. Como se dijo, la vulnerabilidad de la práctica política legal se había generalizado, dificultando las posibilidades de acceder por los canales democráticos al poder, haciendo cada vez más legítima la vía de la armas.

Miles de mujeres centroamericanas optaron, porque las circunstancias se lo permitieron, por emprender este viaje; la amplia gama de proyectos revolucionarios había prescrito un lugar para su participación. De los testimonios producidos por mujeres exguerrilleras, queda aún pendiente la discusión de por qué del caso salvadoreño se ha arrojado más información cuantitativa que del guatemalteco (siendo por excelencia las sandinistas en Nicaragua quienes ocupan la atención en la región). Una hipótesis de este trabajo apunta a que tenga que ver con las formas que tomó la represión en uno y otro lugar; el impacto del miedo que puede inhabilitar el habla, así como la forma en que terminó por resolverse el conflicto.

Lo que quedará claro conforme avancemos es que ellas pudieron tomar un arma, entrenarse, ser base de apoyo, espías, creadoras; que trabajaron y vivieron al lado de hombres que no eran sus esposos o parte de su familia parental, lo que fue



una novedad para muchas; que ambos colectivos –mujeres y hombres– viviendo en un mundo patriarcal, reconocieron al grupo masculino como aquel acostumbrado a la práctica política; y que esa cualidad reflejará una jerarquía en sus relaciones sociales. Es decir, quedará claro que nos enfrentamos a una vivencia abigarrada, paradigmática para muchas de ellas.

Al adentrarnos a sus historias para comprender su influencia en el espacio guerrillero revolucionario, nos encontraremos también visiones estereotipadas de lo que se considera hombre-mujer; eso no debiera sorprender, pues quienes se narran –y quienes preguntan en el caso de las recopilaciones– no necesariamente partieron de cuestionar esos preceptos, lo que las llevó a pensarse aun involuntariamente, conforme a lo que la *mediación patriarcal* (Gutiérrez, Reyes y Sosa 53) ha construido para la identidad de mujer (y la de hombre). Cuestión que tensará constantemente lo revolucionario (aquello que deseaban) y lo conservador (aquello de lo que venían). Y es a razón de esta tensión que es posible traer al frente nuevas discusiones, nuevas posibilidades de analizar estos temas.

La perspectiva que yo les quise dar a sus voces se me fue dando conforme notaba cuáles eran los tópicos repetidos: su incorporación a la guerrilla, sus relaciones familiares sanguíneas y después la formación de sus propias familias, lo que les implicó la maternidad, las relaciones amorosas, y cómo estos me fueron permitiendo articular la crítica para discutir algunas nociones de las *relaciones sociales de sexo* (Falquet, *Imbricación* 16). De esta forma presento aquí dos guías sintéticas: 1) la militancia y lo político, donde presento sus reflexiones respecto a cómo llegan a las guerrillas, qué implica en su entorno social, y qué pasa una vez que se integran; 2) vidas y formas emotivas, donde se exploran algunos elementos de su familia sanguínea y la formación de sus otros vínculos afectivos, entre los que está la maternidad.

2.1. LA MILITANCIA Y LO POLÍTICO

Cuando se piensa en militancia se está pensando en la activación de la voluntad para participar en un proyecto político del cual se conocen sus intenciones y por lo cual se aceptan sus consecuencias. Situé dos formas en las que se accedió a ella: una indirecta que yo pude ubicar en ciertos testimonios de mujeres de los cuales se palpa una resignación por haber entrado a una guerra que ni entendían del todo ni querían del todo; y una más directa, en la que yo decidí concentrarme, que no significa que sigan estando de acuerdo con todo lo que pasó, pero que en su pasado leo la voluntad y la confianza en el proceso del que estaban siendo parte.

En ese tiempo, la década de los 60-70, en un contexto más internacional, las consignas feministas estaban creando eco y librando sus batallas; se habían ya concebido los contenidos del ya conocido «lo personal es político»¹⁰ que en el primer

¹⁰ Lema estandarte del feminismo radical norteamericano, que en el desarrollo de sus ideas llegaron a determinaciones como la de la separación de cualquier elemento político que no estuviera

mundo les permitió a algunas reaprender su forma de vivir. Pero en el área centroamericana en ese tiempo ellas eran parte de guerrillas que se movían en otros códigos como el de clase, en grupos mixtos, sin cabida aún para una perspectiva crítica de las relaciones sociales de sexo. Por lo que su vivencia nos entregará contrastes, contradicciones y revelaciones de lo que en primer momento vivieron bajo esta amplia y ambigua categoría de militante, aludiendo a las partes más orgánicas del tejido guerrillero. Pero advertimos desde aquí que sus versiones derrumban directamente aquella percepción generalizada de que su relación amorosa con un hombre fue la razón de participación; ninguna de a quienes yo me pude aproximar cuenta haberse adherido por ese motivo al trabajo guerrillero.

Karen Kampwirth (14) establece una serie de parámetros a considerar para comprender las razones que podrían llevar hacia la militancia para el caso salvadoreño, aplicables también al guatemalteco: 1) cambios político-económicos, 2) efectos en las estructuras familiares/patronos de emigración, 3) Teología de la Liberación, con su relectura de los preceptos cristianos de solidaridad, pobreza, justicia, entrega. Estos tres, al articularse con procesos particulares como tradiciones familiares de resistencia, pertenencia a una red social apolítica pero politizable o nivel educativo, abrevaron al entramado complejo de comprensión del camino hacia la guerrilla.

En los casos que aquí conciernen, se confirma que acontecimientos como las jornadas de movilización de 1962 en Guatemala, la actualización de la Teología de la Liberación y, en general, el ambiente de represión en los estratos populares puso a agrupaciones como al Frente Unido del Estudiantado Guatemalteco Organizado (FUEGO), al Frente Universitario Estudiantil Revolucionario Salvadoreño Salvador Allende (FUERSA), al Comité de Unidad Campesina (CUC) o las Comunidades Cristianas, entre otros movimientos de masas, como protagonistas cruciales al ser núcleos críticos movilizados en contra de los gobiernos militarizados en el poder.

Desde ese primer momento, resalta una diferencia entre aquellas que llegaron a las guerrillas habiendo participado primero en movimientos estudiantiles, religiosos, populares, y quienes más bien se vieron involucradas en la guerra porque llegó a sus territorios sin mediar nada. Esta última impresión la dejan los testimonios de mujeres campesinas o indígenas, en quienes un sentimiento constante de injusticia guía el camino hacia una respuesta vengativa que es vista también como medida para intentar sobrevivir:

... las balas del ejército alcanzaron a un mi hermano y quedó muerto, entonces fui a la guerrilla, no le dije a mi papá, sólo pensé voy a combatir, voy a aprender cómo se porta un arma [Margarita] (Carrillo *et al.* 76).

dispuesto a poner en el centro la cuestión del feminismo como una prioridad revolucionaria, más allá de la inclusión en las esferas del poder ya constituido. El texto «Lo personal es político: el surgimiento del feminismo radical» de Alicia H. Puleo, incluido en el volumen 2 del libro *Teoría feminista: del feminismo liberal a la posmodernidad* (2020), es una fuente que puede ser consultada para comprender introductoriamente sus implicaciones.



Ellos no nos obligaron [se refiere a la guerrilla], fue nuestra voluntad por el odio que sentimos porque el ejército agarró a mi mamá y a mi papá. Por ese odio que me alcé y estuve en la guerrilla siete años [Isabel] (Carrillo *et al.* 79).

Ese aspecto marcó el tono del resto de su experiencia, desde su primer contacto con los grupos guerrilleros a través del proceso de la clandestinidad. Para el caso de quienes accedieron desde los movimientos digamos «civiles», parte de su proceso era excluir de su actividad militante a su entorno amistoso y familiar, cortando esos lazos para que así les fuera posible en algún momento renunciar a su identidad y moverse con el velo de la clandestinidad: «Al progresivo alejamiento de mi medio social años atrás, se sumó mi ruptura con todos los lazos familiares. [...] Renunciaba a mis seres queridos, a las amistades y a numerosas personas apreciadas sin despedidas ni explicaciones» (Colom 90). No era así para quienes se organizaron desde el campo, donde, como dije, la guerra les había llegado sin más, y en ese entorno hostil inevitablemente la familia era parte del proceso: «María Itzep Acabal recuerda que hubo una manifestación en Uspantán, cuando Vicente Menchú murió, “ahí participó mi papá”. Yo decidí alzarme por medio de todas las palabras de mi papá que me decía cuando era pequeña» (Carrillo *et al.*, 49-50).

Para ellas, era pasando a la ilegalidad que su vida como guerrilleras comenzaba. Este manto anónimo las proveía de la seguridad que necesitaban para obtener conocimientos y prácticas de espionaje, formación política e incluso manejo de armas que eran necesarias para un militante de izquierda de una organización político-militar como eran las guerrillas. La aspiración de llegar a destacamentos en el campo, producto sobre todo de la idealización cubana de «la montaña», permite ver que ese era un lugar mítico en donde la revolución parecía hacerse real, donde era más legítima:

Desde antes de enmotañarme sabía que era difícil la vida en el campamento, pero me lo imaginaba un poco más suave; en la montaña a veces había enfrentamientos diarios, fue bien duro para mí, como que había idealizado bastante el ser guerrillera, me veía como el Che Guevara pero no pensaba que la cosa era tan dura [Margarita] (Ibáñez y Vázquez 37).

Había pues cierto aire de sacrificio al asumir las muchas dificultades que dependían de la procedencia, pero que de cualquier forma ponían en juego cierta búsqueda de legitimidad:

Eran muy pocos los que, proviniendo de las ciudades, se incorporaban y persistían en la montaña [...]. No lograban adaptarse a los rigores de la lucha en esas latitudes, y tampoco soportaban la lejanía de sus seres queridos y la vida citadina. Pero en la montaña había múltiples tareas y actividades que era necesario desplegar y en las cuales podía colaborar. De ahí que estuviera determinada a pasar las pruebas que fueran necesarias como militante y como mujer [...] (Colom 95).

Este pequeño fragmento de Yolanda Colom nos da cuenta de las expectativas que ellas mismas se cargaban y que seguramente eran reflejo del entorno que



les exigía implícitamente mostrar su fortaleza y flexibilidad para acercarse lo más posible a ese «otro» que determinaba lo que era deseable: el cuerpo masculino y el ideal del «hombre nuevo»¹¹ heredado también de la revolución cubana. Ese que, siguiendo a Lucía Rayas, «[...] es una mujer (en sentido simbólico), y la mujer combatiente un hombre en cuanto a la adopción del modelo universal, o sea masculino, del ser combatiente revolucionario» (119). Un ideal que tenía valores como el sacrificio, la abnegación, la importancia de la descentralización del individuo, el cuidado y la entrega para algo más que el bienestar propio. Concepciones que, si pensamos, forman parte del bagaje tradicionalmente esperado por las mujeres y que, de hecho, las mujeres guerrilleras asumieron, sustituyendo su entrega total no a la familia, como era usual, sino a la revolución. Una tensión que las acompañará constantemente.

Habiendo ingresado a la guerrilla, se abre el abanico presentado por ellas respecto a la división de tareas. Hubo una variedad inmensa: desde el desarrollo, producción y distribución del conocimiento generado dentro de la guerrilla, el trabajo diplomático, la recuperación de armas, las guardias, la formación de grupos políticos o el trabajo logístico, hasta el mantenimiento más básico de una casa clandestina o de un campamento; y, por supuesto, estar al mando, o formar parte de columnas, batallones y frentes militares.

Las mujeres guerrilleras que leí se movieron sobre todo en la propaganda, comunicación, combate, formación, logística/organización político-militar; aunque también hacen mención al trabajo de manutención alimenticia. No es homogénea la lectura respecto a las tareas exclusivas de mujeres, algunas dicen que sí las hubo y otras mencionan que todos los elementos de la guerrilla se involucraban en todas las tareas necesarias. Sin embargo, seguimos a Jules Falquet en su consideración de que sí se podría afirmar que hubo una división sexual del trabajo que se correspondió casi con la tradicional (Falquet, *Imbricación* 60), esto considerando que se movieron en un entorno que no criticó los principios patriarcales, pues estaban fuera del marco de comprensión de lo revolucionario. Dentro del espectro que yo logré reconocer en los testimonios revisados, pude aislar estas categorías como las más recurrentes: cocineras, radistas, brigadistas, sanitarias, combatientes¹².

Otros elementos que influyeron en la división del trabajo fueron dados por la clase, el nivel educativo, raciales o de organización militante. Por tanto, para algunas el camino fue ascendente, comenzando en los espacios más vitales —como la cocina—, para irse incorporando en tareas más complejas que requirieron de un grado mayor de confianza por parte de la dirección. Pero también, y esta es una idea muy importante, era repetida la certeza de que se tenía que participar en lo que

¹¹ La formulación de «el hombre nuevo» se atribuye a Ernesto Guevara de la Serna, quien en 1965 escribió un texto bajo ese título para reflexionar respecto a aquellos atributos que constituyen al revolucionario. Sabemos ahora que, como en otros momentos de la historia, se hablaba del revolucionario en clave masculina aun si se incluía ahí lo esperado de la participación de las mujeres.

¹² Una muestra sobre El Salvador (Ibáñez, Murguialday y Vázquez 114) sacada de las entrevistas en el libro nos dice que 4 fueron combatientes, 15 radistas, 6 sanitarias, y las 3 restantes se movieron entre la propaganda, y trabajos de logística.



«sabías hacer mejor»; cuestión que claramente redundó en los patrones patriarcales naturalizados en los cuerpos.

Cuando me fui a los frentes de guerra me di cuenta de que a las mujeres sólo las mandaban a la cocina, de sanitarias y radistas, eran oficios que requerían de una mayor disciplina...

En las comunicaciones se necesitaba pasar largas horas recibiendo mensajes, descifrándolos, se fue viendo en la práctica que era la mujer la que aguantaba más ese tipo de tareas, es decir, estar concentradas en ese tipo de trabajo; la mujer no era muy bien vista en el aspecto militar, se creía que no tenía la misma fuerza, que no podía correr igual que el hombre, con el tiempo se demostró que no era así, que la mujer servía tanto para las comunicaciones, como para la salud y también para lo militar [Berta] (Ibáñez y Vázquez 68).

Siguiendo la misma idea, quienes se incorporaron con cierto nivel académico ascendieron hasta acceder a trabajos de propaganda, difusión y producción; ahí se movieron las cinco mujeres de las que retomamos sus autobiografías –Aura Marina Arriola, Yolanda Colom, María Ramírez, Nidia Díaz y, en menor medida, Lorena Peña–. Innegablemente cercanas a círculos distintos respecto a aquellas que ingresaron a la guerrilla sin saber leer o escribir.

La percepción y apreciación de las diversas tareas que ocuparon también varía. Por momentos parece que el trabajo militar es más valorado: «ser combatiente era todo [...] lo demás era poca cosa, lo aprendí porque había que hacerlo pero no porque me gustara» [Josefina] (Ibáñez y Vázquez 69), aunque, como hemos dicho, lo militar era parte del gran entramado de tareas necesarias en un frente guerrillero. En otros momentos, sus testimonios simplemente reflejan una practicidad:

... más de la mitad de las entrevistadas no cuestionan que las mujeres hayan tenido menos cargos de dirección y más dificultad para llegar a ellos, dan por descontado que los hombres estaban mejor preparados para desempeñarse al frente de la guerra (Ibáñez, Murguialday y Ibáñez 139).

Finalmente, las mujeres estaban ahí, en el frente de batalla y en el fondo de las cocinas de los campamentos y casas de seguridad. Pero, a pesar de eso, la realidad fue que su presencia resultaba extraña; nos lo deja ver Lorena Peña al contar que en sus reuniones de la Comisión Política notaba que era la única mujer al frente de un mando (Sánchez 144); o la experiencia en El Salvador del «Batallón Silvia» (1981-1983) como parte del Frente Paracentral Anastasio Aquino, conformado solo por mujeres y seguido por entrenamientos exclusivos/excluyentes. Lo encabezó Ileana, de 19 años, para quien su existencia tenía una explicación firme:

Esta unidad militar se creó no porque tuviéramos prejuicios de estar con los hombres, sino porque consideramos que sería una experiencia nueva dentro de nuestra lucha y demostraría la capacidad de la mujer salvadoreña tanto en el trabajo productivo, el trabajo cotidiano, el estudio, como también en su papel de guerrillera de la libertad. La experiencia es muy rica y alentadora (Herrera 24).



Pero mientras ella sostenía esa idea, para Héctor Acevedo, de los hombres líderes del grupo al que pertenecía el batallón, su creación se justificaba más bien desde la necesidad de regular la disciplina y tensión sexual; siguiendo la idea de que las militantes alteraban un orden al convivir constantemente con hombres que, por su aparente naturaleza, eran incapaces de «contener su impulso sexual». Se tiene un solo ejemplo de un hombre hablando al respecto, sin embargo, no se duda que pudo ser una actitud extendida:

«Pedro» La primera vez que estuve ante una mujer comandante [...] me di cuenta lo macho que era en el fondo. Sentía que estaba mal. Mal confiar a una mujer la responsabilidad de encabezar a cien hombres en una misión, ¡Estaba convencido de que echaría a perder todo! (Thomson 127, citado por Rayas 80-81).

Sus compañeros, con los que compartían el gran proyecto de la revolución, podían tenerlas de frente sin terminar de entender por qué estaban ocupando ese lugar. Se podría interpretar que estaban dispuestos a aceptar la lógica de su necesaria participación, siempre y cuando se respetaran ciertos marcos morales, y ahora podemos decir patriarcales, en donde cada persona reconociera su justo lugar determinado por lo que su naturalizada condición sexogenérica dictara. Para ellas esto significó un segundo frente por desafiar, pues sus enemigos se mostraron tanto desde el gobierno como desde la guerrilla a la pertenecían:

... me enseñó a desmitificar cosas que las teníamos muy idealizadas y fue bueno darme cuenta que la realidad es distinta a los sueños, que no es todo tan color de rosa como uno se lo imaginaba, la revolución, el partido, los compañeros [...] (Laura) (Ibáñez, Murguialday y Vázquez 226).

2.2. VIDAS Y FORMAS EMOTIVAS

Como se ha ido dejando claro, la realidad compleja y subjetiva de cada una de estas mujeres varió. Pero, así como esto es cierto, también lo es que la percepción de su cuerpo en tanto género, entendiéndolo como la expresión social de la diferencia biológica, fue central al relacionarse en el mundo guerrillero. Es por eso por lo que, a lo largo de sus testimonios, no solo nos hablan de cómo fueron llegando a la vía revolucionaria guerrillera, sino que, al contar sus vidas, emergen los recuerdos que trascienden a la militancia para complementarla.

2.2.1. *Familia parental*

Rastreando los lazos que ellas tendieron hacia sus familias, se nota que fue una relación que impactó en su ser como guerrilleras en varios niveles. Se ha mencionado ya cómo la familia aparece más en el caso de la militancia de las mujeres que procedían del campo que desde la ciudad, reflejando el sentido de su militancia, dado que en sus familias habían ocurrido ya asesinatos y desapariciones, derivando



en una fuerte conexión con el lazo parental exaltado por el sentimiento de injusticia a razón de la oleada de violencia indiscriminada. Contrario a esto, como las guerrilleras que venían de entornos urbanos debieron separarse primero de sus vínculos familiares, nos hablan sobre la necesidad de protección de ese parentesco, conscientes de que quienes estaban encargados del espionaje contrarrevolucionario hacían de la familia un foco de atención al momento de ejercer la represión y la tortura.

Siendo curiosamente mujeres las que escriben, y aunque son madres –algunas muy críticas–, lo que se alcanza a leer sobre sus propias madres es muy poco en relación con lo que nos presentan de los padres. Solo Nidia Díaz habla de un aspecto ideológico de su madre como motivo de su relación con la democracia cristiana; el resto hace una descripción corta, puntual, mencionándolas en el proceso de su propia maternidad relegada casi siempre en ellas. De sus padres hay más, es con quienes generalmente parece desarrollarse el sentido de su militancia; se cuenta su largo historial intelectual o político para poder denotar su propia tendencia; como si fueran ellos los únicos de quienes heredaron su ideología.

Sin duda, la perpetuación del patriarca no es algo casual pero tampoco es intencional. No creo que quisieran borrar a sus madres por considerar obsoleto su legado; más bien se exalta la figura del padre por la preeminencia de considerar lo político como aquello que se hacía en la esfera pública, reflejo de que, para ellas, era aún un tiempo en transición.

El encuentro de estas dos generaciones de mujeres –madre e hija– fue generalmente desigual, ya que las hijas estaban experimentando una apertura de su participación política y de su visión del mundo a la que seguramente sus madres no tuvieron acceso. Es lógico entonces que, al acudir a su recuerdo, sus madres emerjan justo como eso, como madres, acompañantes, esposas, luchadoras en su valentía, pero no en su historial de la acción política como aquella que es externa y se ejerce en el entorno público. Esto, en contraste con las reflexiones feministas actuales respecto a los trabajos de cuidados, la interdependencia¹³, deja ver la indiferencia del momento respecto al trabajo de reproducción y lo indispensable que era para la lucha que se daba, mostrándonos como para el momento en el que escriben, ese espacio se percibía improductivo política y revolucionariamente.

2.2.2. *Maternidades*

A pesar de su condición de estar en una guerra, el tema de la maternidad aparece en todos los textos que recaban sus testimonios. No es tampoco una experiencia uniforme, las cinco mujeres de las que hemos retomado sus autobiografías

¹³ Se siguen en este sentido las lecturas de Amaia Pérez en *Subversiones feministas de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida* (2014), y la continua reflexión del tema de la interdependencia que se viene desarrollando en el Seminario de Entramados comunitarios y formas de lo político que se puede revisar en el artículo «Claves para pensar la interdependencia desde la ecología y los feminismos» (2018), de Raquel Gutiérrez y Mina Navarro.



se embarazaron; mientras que en muchos de los testimonios colectivos se encuentra a quienes se embarazaron y también a otras que lo cuestionaron y postergaron. No obstante, quienes experimentaron el ser madres no siempre dejan claro si fue planificado o circunstancial. Es una vivencia que genera muchos contrastes porque, si bien evidenció que la revolución era lo más importante –motivo por el cual todas relegaron en algún punto la crianza–, el peso de la maternidad resultó para ellas igualmente avasallador.

En todo caso, sus testimonios nos muestran unánimemente que estuvieron en un conflicto que opuso maternidad y revolución.

Aquellas que parieron se convirtieron instantáneamente en madres, aunque en su mayoría se enfrentaron en algún momento al fenómeno de la separación que las dejó en lo que en esta investigación se denomina una *maternidad sin hijos*. Asunto que cuestionaba la percepción de que la última que podría/querría separarse de sus hijos sea una madre; dejando muchas veces a las mujeres-madres en nuevos frentes de lucha, primero por decidir serlo, después por tener el «descaro» de abandonarlos.

Quizá por el 82, salí embarazada. Me acompañé con un compa que andábamos, que nos veíamos así, y luego salí embarazada; pero esa no fue excusa para mí en ningún momento, nunca; yo no tuve excusa por eso, porque yo, estando como estaba, yo salía.

A los nueve meses de embarazo, yo salía; pero no salía tan lejos, allí en la misma zona andaba; pero siempre participaba, y así hasta que tuve la niña. De allí anduve con la niña. Después dejé la niña con mi mamá, ella la cuidaba [Nubia Ayala Vargas] (Domínguez *et al.* 143).

Así, aunque dejaron de ver a sus hijos por años, eso jamás les significó deshacerse de su identidad de madres. Su consciencia de la inestabilidad a la que sometían a sus hijos, la resignación a que tal vez las olvidarían o las despreciarían, fue un peso más que agregar al devenir de su vida guerrillera. La maternidad sin hijos fue en ese sentido una vivencia desde un lugar ilusorio, sin ningún peso real, pues no pudieron intervenir en la ética de la crianza de sus hijos, ni en su manutención, o en el desarrollo mismo del amor maternal; todo eso estuvo en otras manos y, aun con esto, su decisión fue seguir pensándose madres y asumir el peso del abandono.

De si la separación era electiva o forzada no se sabe, tanto por ser un proceso muy subjetivo del que no han reflexionado como porque en realidad las políticas internas de las guerrillas cambiaban respecto a las coyunturas, a los grupos y a los mandos. Pero, con todo, con su presente y los reclamos que desde el pasado las azotan, varias de ellas se afirman en su decisión sin que por ello la hayan vivido –o recordado– como sencilla, armoniosa y/o lógica.

No lo lamento ni me arrepiento. En circunstancias similares lo volvería a hacer. Para mí era una cuestión de consecuencia militante desde cualquier ángulo que lo enfocara (Colom 88).

... pensé en el mismo instante, que debería dejarla con alguna familia al nacer, pues la guerra continuaba y yo debería volver a mi trinchera en el frente (Peña 150).



Sin embargo, más allá de los conflictos concretos de la crianza, la discusión respecto a la maternidad fue amplia. Es en los testimonios colectivos donde se nos cuenta como algunas otras rechazaron tácitamente exponerse a un embarazo: «Yo no pensaba en tener hijos porque quería exponerme yo pero no exponer a otra gente» [Yanira] (Ibáñez, Murguialday y Vázquez 196); «Las mujeres no pensamos en estar con hombres, porque estamos en combate» (Carrillo *et al.* 60).

Como se dijo al principio, los motivos de sus decisiones no son siempre claros, pero el caso de quienes decidieron no ser madres podríamos relacionarlo con el hecho de que acertaba la capacidad de acción, como lo ejemplifica Silvia Soriano en la reflexión de uno de los testimonios que ella analiza: «Limitada por ser una madre que no encontró a otra madre sustituta, tuvo la frustración de sentir que si no hubiera tenido la responsabilidad de cuidar hijos, podría haber hecho más [...]» (Soriano 120).

Por tanto, la crianza guerrillera parece abrir y cerrar con la maternidad; aunque obviamente hubo un acompañamiento masculino, al menos en la procreación, eran ellas las protagonistas. Es repetido el contraste, y no puedo dejar de mencionarlo, de la dureza con la que se manejó el tema cuando se hablaba de las madres y la omisión al hablarse de los padres (Soriano 122). Dejándonos una clave para romper esta cadena, en donde ellos tendrían que comenzar a hablar sobre sus hijos, y culturalmente se debería cuestionar la moralidad con la que se vive, se lee y se estudia el tema de la maternidad.

2.2.3. *Relación amorosas / erótico-afectivas*

A lo largo del texto se ha revelado el hecho de que los movimientos guerrilleros y sus integrantes conformaron un particular entramado social. Individualidades siendo en un espacio que, como en cualquier otro, se construyó en el día a día. No podrían resultar entonces extrañas las manifestaciones de relaciones que refieren a formas especiales de vínculos de amistad, amor, eróticos.

Respecto a las relaciones que narran, estas fueron heterosexuales¹⁴. Pero aun con eso se debe admitir que las normas de convivencia socialmente aceptables resultaron claramente rebasadas desde el momento en que ellas pudieron convivir con hombres muy diversos y en un formato tal vez más público o al menos más cercano a cierta libertad de cohabitar.

Dado que, en el tema de los embarazos y la maternidad, el apoyo a estas uniones fluctuó en el tiempo y dependiendo de la organización, no es posible tener una certeza total de cómo fueron esas uniones y qué tanto control tenían las cúpulas guerrilleras sobre este tema. Sabemos que conforme los años pasaron (pensemos que

¹⁴ Solo hay una mención excepcional respecto a la homosexualidad, en el texto de *Y la montaña habló* (Ibáñez y Vázquez 31). En donde también se hace mención del «lesbianismo» pero solo para negar que haya conocido algún caso que no fuera de compañeras extranjeras.

muchas personas se mantuvieron en la clandestinidad y algunas en la montaña por cerca de 10 años), cualquier posible control seguramente se relajó porque la gente que conformó las guerrillas requirió, como medida para sobrevivir, forjar vínculos afectivos que abonaran a la necesidad humana de trascender; y eso pasaba a veces por sensaciones de enamoramiento, amistad profunda o necesidad de contacto sexual.

Había una vida cotidiana en el vivir de la guerrilla. Era parte de un resultado inevitable, pues la separación, la lejanía, la incertidumbre normalizada quizá se hacían menos pesadas con la esperanza que proveían aquellos vínculos: «Se lucha también con la certeza de llegar con alguien hasta la victoria, por crear o construir tu núcleo familiar» (Díaz 64).

Es así como de quienes ellas nos hablan es de esos hombres que conocieron en el espacio de la guerrilla (no aclaran si estas han sido sus relaciones fundamentales o si son incluidas por tener conexión política), todos ellos militantes. La mayoría nos cuenta de esos hombres en referencia a ser padres de sus hijos; con algunos hubo separaciones al pasar el tiempo —sobre todo políticas—, de otros vivieron su muerte, y algunas relaciones, muy pocas, sobrevivieron a la guerra.

Sí, ellas se enamoraron. Pero su vida en ese momento no terminó girando alrededor del hombre que reflejaba su amor. Y, como dije, ni en los testimonios individuales ni en los extraídos de las recopilaciones se puede leer que fueran atraídas al movimiento guerrillero por algún novio o esposo. Su enamoramiento tuvo entonces condiciones particulares por surgir en el medio de la guerra; su convivencia tenía otros códigos, mediados por la distancia, por la disposición total a las necesidades de la guerrilla que podría separar a la pareja por tiempo indefinido o, en el caso de que hubiera compañía física, adecuarse a las condiciones materiales para permanecer siempre alertas al peligro que les acechaba:

Las relaciones familiares entre nosotros están sujetas a las circunstancias, a las situaciones concretas en que se desarrolla la lucha, mucho más en un estado de guerra como la nuestra [...] En algunas parejas, el trabajo coincide por un tiempo en un mismo lugar (Díaz 64).

Era costumbre entre nosotros no abordar privadamente lo que se veía en nuestros respectivos organismos (Colom 265).

Allá en el monte hacer el amor era bastante diferente [...] no podíamos estar mucho rato desnudos ni jugando (se ríe), sino que se hacían las cosas un poco rápido y había que estar listos con la ropa puesta [...] cuando había un momento que sabíamos que no íbamos a atacar ni iba a haber ataque contra nosotros, entonces si se quedaba un campito más de acariciarse... bueno, siempre existían caricias [Emérita] (Domínguez *et al.* 101-102).

No había respuestas totales, no había sujetos terminados y las contradicciones emergieron tal vez sin que ellas ni ellos pudieran verlo en el momento, sobre todo en esos espacios «privados» de los que no se discutía y que se asumía que de alguna forma cambiarían sin la intervención y/o voluntad explícita de los sujetos sociales que ahí participaban. La posibilidad de alguna especie de «amor revolucio-



nario», conformado por hombres y mujeres guerrilleras, encontró un límite cuando no hubo un soporte –o tiempo, o intención– para cuestionarse, recrearse e intentar inventarse nuevos esquemas de relacionamiento.

Para ellas los muchachos en abstracto eran los más buenos y justos, sin embargo «su muchacho» particular –su compañero de vida– era brusco, desatento y a veces hasta violento. Algunas lo explican diciendo que todos eran buenos «menos el que a mí me tocó que no entendía de razones». Dado que no es una sola mujer la que expresa los defectos de «su muchacho» sino que son varias las que lo describen como cualquier hombre sin la aureola que rodeaba a los guerrilleros, cabe presumir que ellos eran capaces de desarrollar conductas sumamente solidarias en lo público, y mantener comportamientos autoritarios y hasta violentos en lo privado (Ibáñez, Murguialday y Vázquez. 125)

3. ALGUNAS PISTAS PARA (NO) CERRAR

Se entendieron sus diferencias. Yolanda Colom se reconoce a sí misma como ladina, mujer de ciudad, intelectual, blanca, igual que Aura Marina en Guatemala; en El Salvador no eran ladinas, Lorena Peña era de ciudad, letrada. Ellas convivieron con otras mujeres indígenas, en el caso de Guatemala, campesinas, analfabetas, así se describen contrastándose con la *otra* frente a ellas. Y sin embargo se encontraron. Pudieron reconocerse porque hasta cierto punto las guiaba otro interés: la revolución, la lucha, la liberación. Algo que parecía no tener que ver con cómo lucían, sino con la causa a la que se comprometían.

Leerlas es acercarse a una vivencia llena de contrastes. Porque como se ha tratado de enfatizar, su sola presencia en la guerrilla implicó la adaptación de ciertas percepciones de lo posible en lo revolucionario, donde el vivir diario daba cuenta de las dinámicas propias de las relaciones sociales de sexo. La maternidad fue uno de esos elementos en donde más se notó la tensión y cómo fueron llevadas al límite. Pues quienes la vivieron, aun sin ejercerla materialmente, lo hicieron repitiendo muchos de sus sentidos normativos; por lo que, por ejemplo, siguiendo lo que suelen dictar las normas sociales, al momento de delegarla lo hicieron a otras mujeres, a veces las abuelas, hermanas, amigas.

Eran cuerpos sexuados, distintas a sus compañeros hombres. Eso las enfrentó a acosos y agresiones sexuales que solo mencionan en sus relatos ya lejanos al momento de la guerra; se puede notar cuando hablan de cómo se bañaban vestidas: «Había una muchacha que se bañaba con fustán (enagua), con calzón y con brasier. Una vez se le voló el fustán y se bañó con ropa, no quiso quitarse los pantalones ni la camisa...» (Ibáñez, Murguialday y Vázquez 119); también en la discusión que desató el «Batallón Silvia» y en dos menciones que encontré de acusaciones a jefes y compañeros que se metían a sus camas sin su consentimiento:

... la presencia femenina en la guerrilla significó tanto la entrada de una compañera como la de un cuerpo sexuado. Un cuerpo al cual era posible y deseable acceder,



pero al que le era exigido un comportamiento recatado para no «relajar» la disciplina militar (Murguialday y Mujeres por la dignidad y la vida 27).

Además, esa condición sexualmente diferenciada, reconocida *a posteriori*, les implicó un sobreesfuerzo por demostrar constantemente su capacidad, dignidad y legitimidad del lugar que ocupaban. Las llevó a confrontarse con los lugares comunes que podían ocupar, y despreciarlos para querer acercarse a aquellos que no les eran tan «naturales» y que pertenecían a sus compañeros hombres (Murguialday y Mujeres por la dignidad y la vida 22).

Podemos decir que la división del trabajo fue sexual pero también clasista, por lo que hubo un acercamiento diferenciado a las actividades posibles, donde resalta cierta percepción de hacer «para lo que eran mejores». La idea, presentada por Ernesto Guevara en su libro *Guerra de guerrillas*, que fue prácticamente un manual para las guerrillas latinoamericanas pos-Cuba, nos ayuda para entender aquellos imaginarios disponibles para moldear el hacer guerrillero:

La cocinera puede mejorar mucho la alimentación y, además de esto, es más fácil mantenerla en su tarea doméstica, pues uno de los problemas que se confrontan en las guerrillas es que todos *los trabajos de índole civil son despreciados* por los mismos que los hacen, y tratan siempre de abandonar esas tareas e ingresar en las fuerzas activamente combatientes [las cursivas son mías] (Guevara de la Serna 113).

Podría leerse como un intento de darle valor al trabajo en la cocina, aunque cabría preguntarse si ese valor no se daba desde un lugar de paternalismo; y, además, si esas actividades fueron realizadas por aquellas personas con más experiencia para ello, es decir, las mujeres, ¿dónde quedó la oportunidad para subvertir ese ser antes de ingresar a la guerrilla? Hay pues una contradicción porque, aunque en términos prácticos bajo el contexto de una guerra es una idea lógica que se necesite que las personas sean efectivas en sus tareas, pues está en juego la vida misma y un proyecto político, pensando en el desbordamiento de los límites —es decir lo revolucionario—, es un principio que encierra, más que permitir agrietar aquello que oprime.

Ahora, señalar esa contradicción es importante, pero es aún más complejo cuando tomamos en consideración lo que dicen Ibáñez, Murguialday y Vázquez:

Las sanitarias, radistas y brigadistas de los frentes guerrilleros, aunque realizaban tareas con un alto contenido de especialización genérica —es decir basadas en cualidades, habilidades y destrezas que son patrimonio cultural de las mujeres—, orientaban su actuación hacia un objetivo político general que involucraba más intereses que los estrictamente personales o familiares (243).

Definitivamente, se traslaparon prácticas patriarcales y conservadoras con impulsos hacia algo más, en un formato que, si bien descentró de alguna forma para ellas la familia, centró a lo revolucionario y todas sus estructuras asfixiantes. Dejando en ellas mayormente las labores de reproducción sin, siguiendo a Jules Falquet (*División s/p*), haber construido una base donde no sintieran que su participación en esas tareas se constituía por su incapacidad de hacer lo verdaderamente valioso.



Así, tratando de aportar elementos para futuros análisis del tema, se deja planteada la posibilidad de abrir la concepción misma de *guerrillera*, para contemplar a todas las personas que pusieron su voluntad y su vida en riesgo al romper el contrato social con el Estado y rebelarse. Descentrar la mirada de los aspectos militaristas y ampliarlos para dar su debido lugar a todas esas tareas sin las cuales esos grupos armados –o cualquier grupo social en todo caso– no habrían podido sobrevivir, lo que para el feminismo actual es «poner el cuidado en el centro». Se cree que es desde ahí que se podrían trazar nuevos caminos para el análisis de estas experiencias históricas.

Se considera también vital acercarse a estas fuentes con conciencia de que hubo una superposición, que su presencia y participación en las guerrillas implicó un desafío, pero también la permanencia de varios elementos patriarcales. A concebirlas, a pesar de eso, como transgresoras, pues al haber entrado a las filas guerrilleras y después reflexionado y plasmado su experiencia, han hecho visibles constantemente las tensiones entre lo tradicional y lo revolucionario, provocando que en cada espacio que ocuparon hubiera un sesgo en potencia emancipador que nos invita a seguir sus voces.

Se incita, pues, a realizar el ejercicio de aprender, leyéndolas y permitiendo que nos hablen de su experiencia abigarrada, y de desaprender. Desaprender lo que se ha dicho que es una *guerrillera*: una figura preeminentemente armada y militarizada, para entender que guerrilleras hubo de muchos tipos, y que lo que tuvieron en común fue haberse rebelado y puesto en juego la vida misma en pos de esa rebelión; que, desde ahí, guerrilleras, revolucionarias, habían sido todas, en todos los niveles: las mujeres que cosechaban de más, guardando un poco para los grupos en las montañas, quienes se arriesgaban a llevarles comida, quienes transportaban mensajes, quienes estaban en la logística, y sí, también quienes estaban en la montaña, armadas, enfrentándose a más de lo que quizá habían imaginado cuando sus circunstancias las orillaron a la guerra. (Des)aprender siguiendo sus reflexiones para desentender también lo que se ha dicho que es la revolución, que resultó para ellas más bien una experiencia parcializada pues quedó claro, si no en el momento, sí después, que el patriarcado impregnaba los valores revolucionarios de aquella coyuntura, mermando sus experiencias y las capacidades reales de emancipación. Como señalaban algunas de las autoras:

Hace veinte años, abordar los temas que tratamos en estas páginas hubiera sido considerado por nuestros compañeros de lucha una traición, una desviación pequeñoburguesa, una peligrosa incursión en las filas del enemigo [...] Hace veinte años, muchas de las protagonistas del evento que recoge esta memoria hubiéramos pensado lo mismo de habernos escuchado (Murguialday y Mujeres por la dignidad y la vida 5).

RECIBIDO: 31-8-2022; ACEPTADO: 8-2-2023



REFERENCIAS

- ARRIOLA, Aura Marina. *Ese obstinado sobrevivir: autoetnografía de una mujer guatemalteca*. Antigua Guatemala: Ediciones del Pensativo, 2000.
- BENÍTEZ MANAUT, Raúl y PIÑEIRO, José Luis. «Centroamérica: Concepciones de seguridad nacional en su entorno» en Gitli, Eduardo (comp.), *Centroamérica: los desafíos, los intereses, las realidades*. México: UAM-Azc & Gernika, 1989, pp. 143-185.
- CARRILLO, Andrea, HERNÁNDEZ, Rosalinda, LÓPEZ, Ana, PELÁEZ, Ligia y TORRES, Jacqueline. *Memorias rebeldes contra el olvido: Paasantzila txumb'al ti' sotzeb' al k'u'l*. Guatemala: Cuerda-Plataforma Agraria-AVANCSO, Asociación para el Avance de las Ciencias Sociales en Guatemala, 2008.
- COLOM, Yolanda. *Mujeres en la alborada: guerrilla y participación femenina en Guatemala 1973-1978*. Antigua Guatemala: Ed. del Pensativo, 2007.
- COMISIÓN PARA EL ESCLARECIMIENTO HISTÓRICO (Guatemala). *Guatemala: causas y orígenes del enfrentamiento armado interno*. Guatemala: F&G Editores, 2006.
- DÍAZ, Nidia. *Nunca estuve sola*. Caracas: Fundación Editorial el perro y la rana, 2008.
- DOMÍNGUEZ, Liza, NAVAS, María C., ORTIZ, Edy A. y RIVERA, Ana K. (comp.). *¿Valió la pena?!: testimonios de salvadoreñas que vivieron la guerra*. San Salvador: Sombrero Azul, 1995.
- FALQUET, Jules. «División sexual del trabajo revolucionario: reflexiones en base a la participación de las mujeres salvadoreñas en la lucha armada (1981-1992)», en Femenías, María Luisa (comp.), *Perfiles del feminismo iberoamericano*, vol. 3. Buenos Aires: Catálogos, 2007, pp. 93-122 (<https://julesfalquet.files.wordpress.com/2014/12/art-esp-divisic3b3n-sexual-del-trabajo-revo.pdf>).
- FALQUET, Jules. *Imbricación: más allá de la interseccionalidad. Mujeres, raza y clase en los movimientos sociales*. Buenos Aires: Editorial Madreselva, 2022.
- FIGUEROA IBARRA, Carlos. «Dictadura militar y transición democrática en Centroamérica» *Realidad: Revista de Ciencias Sociales y humanidades*, 42 (1994), pp. 871-888. (<https://doi.org/10.5377/realidad.v0i42.5189>).
- FIGUEROA IBARRA, Carlos. «Dictaduras, tortura y terror en América Latina». *Bajo el Volcán*, 2:3 (2001), pp. 53-74. (<http://www.apps.buap.mx/ojs3/index.php/bevol/article/view/1822>).
- FIGUEROA SALAZAR, Amílcar. *El Salvador: su historia y sus luchas (1932-1985)*. México DF: Ocean Sur, 2009.
- GUEVARA DE LA SERNA, Ernesto. *La guerra de guerrillas*. México: Ocean Sur, 2008.
- GUTIÉRREZ, Raquel y NAVARRO, Mína Lorena. «Claves para pensar la interdependencia desde la ecología y los feminismos». *Bajo el Volcán*, 18:28 (2018), pp. 45-57. (<http://www.apps.buap.mx/ojs3/index.php/bevol/article/view/1113/757>).
- GUTIÉRREZ, Raquel, REYES, Itandehui y SOSA, Noel. «El entre mujeres como negación de las formas de interdependencia impuestas por el patriarcado capital y colonial. Reflexiones en torno a la violencia y la mediación patriarcal». *Heterotopías*, 1:1 (2018), pp. 51-65. (<https://revis-tas.unc.edu.ar/index.php/heterotopias/issue/view/1596/233>).
- HERRERA, Norma de. *La mujer en la revolución salvadoreña*. México: COPEC/CECOPE, 1983.
- IBÁÑEZ, Cristina y VÁZQUEZ, Norma. *Y la montaña habló: (testimonios de guerrilleras y colaboradoras)*. San Salvador: Las Dignas, 1997.



- IBÁÑEZ, Cristina, MURGUIALDAY, Clara y VÁZQUEZ, Norma. *Mujeres-montaña: vivencias de guerrilleras y colaboradores del FMLN*. San Salvador: Horas y Horas, 1996.
- KAMPWIRTH, Karen. *Women & Guerrilla movements: Nicaragua, El Salvador, Chiapas*. Pennsylvania: The Pennsylvania State University, 2002.
- MURGUIALDAY, Clara, y MUJERES POR LA DIGNIDAD Y LA VIDA (eds.). *Montañas con recuerdos de mujer: Una mirada feminista a la participación de las mujeres en los conflictos armados en Centroamérica y Chiapas*. San Salvador: Mujeres por la Dignidad y la Vida (Las Dignas), 1996.
- PEÑA, Lorena. *Retazos de mi vida: testimonio de una revolucionaria salvadoreña*. México D.F.: Ocean Sur, 2009.
- PÉREZ OROZCO, Amaia. *Subversiones feministas de la economía. Apuntes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Madrid: Traficantes de sueños, 2014.
- PRIETO, Alberto. *Las guerrillas contemporáneas en América Latina*. México, DF: Ocean Sur, 2007.
- PULEO, H., Alicia. «Lo personal es político: el surgimiento del feminismo radical», en Amorós, Celia y MIGUEL ÁLVAREZ, Ana de (eds.), *Teoría feminista. Del feminismo liberal a la posmodernidad*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2020. pp. 35-67.
- RAMÍREZ, Chiquis. *La guerra de los 36 años: vista con ojos de mujer de izquierda*. Guatemala: Óscar de León Palacios, 2001.
- RAYAS VELASCO, Lucía. *Armadas: un análisis de género desde el cuerpo de las mujeres combatientes*. México D.F: Colegio de México, 2009.
- ROUQUIÉ, Alain. *Guerras y paz en América Central*. México DF: Fondo de Cultura Económica, 1995.
- SABINO, Carlos A. *Guatemala, la historia silenciada, 1944-1989*. Guatemala: Fondo de Cultura Económica de Guatemala, 2007.
- SÁNCHEZ GARCÍA, Magali. «Guerrilleras en Guatemala y El Salvador, hacia una feminización de la lucha social. Perspectivas y prospectivas de un sentido revolucionario». Tesis de Licenciatura. Universidad Nacional Autónoma de México, 2015.
- SOLÓRZANO, Silvia. *Mujeralzada*. Barcelona: Sendai Ediciones, 1989.
- SORIANO HERNÁNDEZ, Silvia. «Centroamérica: ser madre en tiempo de guerra». *Estudios Latinoamericanos, Nueva época*, 45-46 (2020), pp. 111-134. (<https://revistas.unam.mx/index.php/rel/article/view/81220>).
- STOLTZ CHINCHILLA, Norma. *Nuestras utopías. Mujeres guatemaltecas del siglo XX*. Guatemala: Agrupación de Mujeres Tierra Viva, 1998.
- THOMSON, Marilyn. *Women of El Salvador: The Price of Freedom*. Philadelphia: Institute for the Study of Human Issues, 1986.

